

Estampas evocadoras de la colonia y litografías del siglo XIX; resabios nostálgicos de campos y ciudades que la Revolución ha conmovido. Por todas partes, al volver la mirada, la presencia paternal y constructora de don Vasco de Quiroga.

El don de penetrar en la esencia de seres y cosas y sacar a la luz del día su belleza recóndita es, por excelencia, atributo poético y musical. Aquel gotear intermitente de la destiladera, en la noche callada; el toque de las campanas que se queda como suspenso, vibrando en el aire límpido; el aroma sávido del café de Uruapan o de la fruta con que se preparan los dulces morelianos; las penumbras de los viejos claustros, desde cuyos muros nos ven pasar graves teólogos y mitrados de mirada severa.

Lo puramente anecdótico y decorativo pasa a segundo término. Visión nueva de la patria, grávida y esencial, cargada de profunda vida inte-

rior, con reservas de espiritualidad inagotable, corporeizándose en lo sensorial y consciente.

Tiene México una tradición castiza que es su mejor riqueza. Defender aquello que de afirmativo y apto para desplazarse al porvenir, constituye el primero de los deberes nacionales. No para que caiga sobre el presente el peso muerto de los tiempos que fueron, impidiendo que se diga el mensaje de la hora, sino para que nuestra vida cobre continuidad y sentido.

Todo esto se me ocurre escribirle, mi querido señor Maillfert, de regreso de nuestra calzada Miguel Silva, poblada de cantos de pájaros y frescas sombras de fresnos.

“Laudanza de Michoacán”, libro escrito con recatado ademán de simpatía, lección de simpatía.

Porque con tan puros materiales ha sabido usted levantar una obra armoniosa y perdurable, diáfana, con la misma diafanidad del cielo de Morelia, quiero adelantarme a su éxito literario, para enviarle, con mi viejo afecto, un abrazo efusivo.

# L A S C A M P A N A S

P o r A L F R E D O M A I L L E F E R T

*El libro “Laudanza de Michoacán”, a que se refiere la carta anterior, acaba de publicarse por la Editorial Universitaria. Insertamos en esta página un capítulo de esa obra.*

A las cinco y media de la mañana, en el verano, o a las seis en el invierno, cuando todavía se ven por las calles las linternas de los serenos, son los primeros toques de las campanas. ¡El alba!... en la catedral están dando el toque del alba; es un toque lento y suave que rima muy bien con las avemarías que se rezan al oírlo, con el primer piar de los pájaros, con el canto de los gallos, y con la luz plateada del amanecer.

En la catedral están sonando alternativamente dos campanas, una de sonido prolongado y grave, la voz del abuelo, y la otra de timbre claro y soñoliento, las vocecillas de los nietos.

“La Santa María” y “La Trinidad”... tienen nombres de carabelas estas dos campanas de la catedral que hacen navegar sus sonidos, uno grave, el otro argentino, en el mar de plata del amanecer.

Las demás campanas (¡y tantas iglesias como hay en la ciudad!)... se están quietas, quedas, silenciosas, colgadas en los arcos todavía oscuros de las torres... como si escucharan, también ellas, el diálogo que están sosteniendo en catedral “La Santa María” y “La Trinidad”...

Cesa el toque del alba, torna el silencio un rato... Comienzan después, allá en San José —o en San Francisco— a llamar a la primera misa: la misa que en la iglesia oscura, encendidas en el dorado altar dos o tres velas —una muy cerca del misal— va diciendo algún sacerdote viejecito, ante cinco o seis gentes tan viejas como él, ante algún arriero que quiere oír su misa antes de ponerse en camino y quizás también (por lo menos, así era en otros tiempos), ante algún estudiante estudioso.

Cuando se sale de esta misa ya es de día, ya hay sol, ¡nos sorprende ver la luz tan dorada!

La ciudad se ha despertado ya —como los pájaros, como el agua de las fuentes, como las golondrinas que vuelan a ras del empedrado.

Vamos encontrando gentes con las canastas del pan, con los jarros de la leche. Vamos encon-

trando, que se encaminan ya a las misas de seis, de siete —un devocionario en la mano, enredados los brazos en una negra mantilla transparente— las señoritas de la muy antigua ciudad de Valladolid, las —a otra hora— casi inencontrables muchachas de Morelia...

Ha ido transcurriendo, muy despacio, la mañana. Dan las doce... Las campanas de las doce —como las del alba— se oyen también por toda la ciudad.

Todas las iglesias intervienen ahora en este toque de las doce, aun las de los barrios más lejanos.

Los hombres (casi todos) se van quitando sus sombreros, mientras están sonando las doce. Se oye el silbato de alguna pequeña fábrica. Hay por las calles la súbita animación de los chicos que salen de las escuelas.

Campaneo imprescindible este de las doce. Los dependientes de las tiendas, el señor sedentario detrás de una vidriera, el sacerdote paseando a lo largo de algún hermoso corredor... todos, invariablemente, mientras están sonando estas graves campanadas, les dan cuerda a sus relojes.

El sol ha entrado ya hasta los espejos de las salas. Son las tres de la tarde. Las campanas de las tres coinciden con la siesta, con las rendijas luminosas, con las ventanas entornadas, con la trementina que escurre de las puertas.

¡Qué fresco el tintineo de las gotas de agua en las tinajas!

Las campanadas de las tres... Y las calles están encendidas en sol,—urracas en los jardines—. Y se va levantando de los lotes ese delicioso olor de la tierra recién regada.

Alguna viejecita —de tápalo verde— va por una calle en cuesta rezando las tres.

Y vienen las seis de la tarde: la Oración. Se espiritualizan, se tornan aún más unciosas las campanas, como a las seis de la mañana. Es el momento en que se encienden —amarillos— los focos de la casa. Es el momento en que comienza a brillar el lucero de la tarde. Deslumbra el sol en la perilla de cobre de un balcón. El poniente está encendido: cárdeno, rojo, amoratado. Un cielo de Crucifixión. Y se ha quedado go-teando una campana.

Y, por último, a las diez —pasos de algún transeúnte retardado— las campanadas de la queda. Cosa muy grave esta de la queda. Claro que, con el cine —con Marlene Dietrich y con Norma Shearer— han perdido ya un poco de su prestigio, estas paternas, estas autoritarias campanadas. Y, sin embargo... Todas las ventanas están cerradas, todos los zaguanes. Cantar largo e intermitente de los grillos. La luz de la luna va alumbrando un eucalipto, una larga tapia blanca, una ventana con rejas. Y allá en la Catedral, en el oscuro arco de la torre de donde vibra todavía la campana de la queda, ¡chit!, chillan unas lechuzas, como si trataran, ellas también, de imponer mayor silencio, en las calles, por las plazas...

## LAS EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL

Por ANTONIO ACEVEDO ESCOBEDO

### RUMBO DE DIGNIDAD

ES apenas una excepción, en la historia de las editoriales mexicanas de ayer y—apena confesarlo—todavía de hoy, la presencia de ellas de una persona entendida, bien orientada en el noble oficio tipográfico, que, a merced de pequeñas delicadezas de artesanía que en nada gravan el costo de la producción y sí en cambio la enaltecen, consiga subrayar y hacer grato a la vista el esfuerzo, benemérito o estéril, desplegado por todo autor de un libro.

Y ahora que nos proponemos revisar el resultado de la intensa tarea que viene cumpliendo desde hace varios meses la Universidad Nacional de México a través de su Servicio Editorial—dependiente, a su vez, del Departamento de Acción Social—apenas en los primeros pasos del camino ya nos vemos obligados a referirnos al rumbo de inflexible dignidad artística que la Imprenta Universitaria ha sabido dar a cada uno de los volúmenes cuya manufactura fue puesta a su cuidado.

Aunque los talleres no cuentan con tipos ni materiales de gran variedad, ni excepcionales calidades, los libros que de ellos salen denuncian, des-